

Exc. 29-IX-88. p. 1A

Deprimente Como en la CFE o Nuestro Congreso

## El Peor Debate Político en EU

- ★ Bush y sus Seguidores Evaden los Temas Difíciles
- ★ Logró que Dukakis se Viera Como Radical Peligroso
- ★ La Democracia no es Garantía de Grandeza Pública

LORENZO MEYER

El punto de partida de este artículo es de franco optimismo. Quiero suponer que en algún futuro no muy lejano, y en contra de todos los esfuerzos desplegados y por desplegar del PRI, los mexicanos habremos superado final y definitivamente la etapa primitiva en que hoy nos encontramos respecto de las formas políticas de la democracia.

Hoy, una parte importante del debate político mexicano aún se centra alrededor de los mecanismos de la democracia —particularmente en su aritmética— y no de sus objetivos últimos. Entre nosotros, y en relación a los votos, aún tenemos que preocuparnos por lograr que dos más dos sean cuatro en vez de tres o cinco, como ha sido el caso desde el siglo pasado hasta la última elección. Sin embargo, uno debe ser optimista y suponer que algún día no muy lejano ya no será necesario poner en duda la validez de los resultados electorales ni, menos aún, la legitimidad de los supuestos ganadores.

Muchos pueden pensar que cuando finalmente llegue ese gran momento, las energías de los candidatos, los partidos, los comentaristas y el público en general se



# El Peor Debate Político

Sigue de la primera plana

podrán emplear finalmente en lograr metas más constructivas, como la discusión del nuevo modelo económico puesto en marcha por el gobierno que está a punto de concluir la naturaleza de las verdaderas responsabilidades sociales del gobierno, la mejor forma de relacionarnos con el mercado externo, la distribución del ingreso, la protección del ambiente, etcétera.

Bueno, desgraciadamente me temo que lo anterior no es necesariamente cierto. La existencia de instituciones políticas democráticas no lleva de manera automática, a que la sociedad disfrute de un discurso político de altura. Y, por tanto, aquí cambié mi optimismo inicial por un moderado pesimismo. Examinando lo que hoy por hoy ocurre en la campaña presidencial de Estados Unidos, me queda claro que no hay garantía de que una vez que las instituciones de la democracia política han echado raíces en una sociedad, el nivel de la discusión política necesariamente tiene que aumentar respecto del que existe en las sociedades no democráticas.

Creo que hay unanimidad en la opinión de aquellos analistas que han seguido la actual campaña electoral norteamericana desde el momento en que los dos grandes partidos que dominan el proceso político eligieron a sus respectivos candidatos a la presidencia hasta el gran debate entre ambos candidatos el domingo pasado. Y esta unanimidad es la siguiente: en pocas ocasiones se había visto un debate político a un nivel tan bajo como el de ahora. Los temas discutidos en Estados Unidos son, obviamente, distintos a los nuestros, pero el nivel de sus argumentos resultó hasta hace unos días, tan deprimente como el que prevaleció en la Comisión Federal Electoral o en nuestro Congreso después de

las elecciones del 6 de julio.

Es claro que quienes en Estados Unidos han estado fuera del gobierno por dos cuatrienios —los demócratas— desean enfocar la atención de los electores en una agenda formada por temas relativamente sustantivos, y donde creen poder mostrar que, pese al crecimiento global de la economía, la continuidad del reaganismo llevaría al fracaso del modelo económico o a costos sociales muy altos. Sin embargo, desde el momento en que el vicepresidente George Bush obtuvo el apoyo del Partido Republicano para ser el candidato del continuismo, y apoyado por una economía que siguió creciendo pese a todas sus distorsiones, el candidato republicano se propuso seguir una estrategia de discusión superficial que le permitiera evitar hasta donde fuera posible tener que afrontar a su contrincante en el plano de lo sustantivo.

Para lograr su propósito, el señor Bush se apejó a tres líneas de acción: A) limitar al mínimo compatible con la tradición las ocasiones de un debate público y directo con su adversario —por cierto, esa fue también la estrategia del candidato del PRI en nuestras elecciones, pero él sí la pudo llevar al extremo: cero debate—; B) insistir en que la prosperidad de los indicadores económicos generales significa la prosperidad de todos, o casi; y C) poner en duda no los temas de la agenda de Dukakis sino a Dukakis en lo personal, abrir un signo de interrogación en relación a la calidad administrativa y moral del gobernador de Massachusetts poniendo en duda su patriotismo y acusándolo de liberalismo, cosa que para los conservadores norteamericanos es igual a extremismo.

Es así como muchos hemos visto, con creciente frustración, cómo la campaña, en vez de abordar te-

mas cuya solución va a afectar a Estados Unidos y a países como el nuestro de manera fundamental en lo futuro, prácticamente no se abordan. Estas preocupaciones que andan en busca de discusión —y que en buena medida constituyen la agenda demócrata— son, entre otros, la naturaleza y efectos del enorme déficit en el que está basada la actual prosperidad de la economía norteamericana; la política impositiva; el costo y las posibilidades reales del proyecto de defensa llamado “guerra de las galaxias”; la iniquidad social que ha producido y seguirá produciendo el modelo económico actualmente en operación; la mejor manera de dar acceso a la educación universitaria a jóvenes de los sectores económicamente débiles; las posibilidades de transformación del sistema de seguridad social de manera que cubra mejor a los que menos tienen; los efectos de la deuda externa en el Tercer Mundo, etcétera.

★

No hay duda que un buen número de comentaristas en la prensa y la televisión han demandado de manera sistemática a los candidatos que discutan lo sustantivo. Sin embargo, hasta el gran debate televisado del domingo pasado, el vicepresidente había logrado día tras día centrar la atención de los electores en un tema tan superficial como fue el de si se debía o no llevar a cabo en todas las escuelas primarias la ceremonia de jura de lealtad a la bandera (**pledge of allegiance**); la pena de muerte o el aborto resultaron otros de sus temas favoritos. En todos los casos se trató de asuntos con un alto contenido emotivo, y que le permitieron presentar al candidato demócrata como un líder peligroso por su falta de patriotismo y respeto a la vida humana, ambas cosas producto natural de su liberalismo. Lo verdaderamente des-



alentador de todo esto no es que el candidato del partido en el poder intente trivializar la discusión política sino la sospecha de que una parte importante del público acepta esta degradación de la discusión política nacional; de lo contrario no es posible explicarse el motivo por el cual, hasta el domingo pasado, las encuestas de opinión dieran consistentemente la delantera al vicepresidente Bush. Así pues, Bush no parece haber estado solo en su rechazo a abordar los temas sustantivos y concretos propuestos por el candidato demócrata, y menos aún los que sirven de bandera a los demócratas radicales representados por el reverendo Jesse Jackson, y que se refieren básicamente a la justicia social: a lo que afecta a los pobres, a los viejos, a los drogadictos, a las minorías, a los que no pueden cubrir sus necesidades de salud, a los que nunca podrán adquirir una vivienda, a las relaciones entre los países ricos y los pobres y otros asuntos similares.

La verdad es que, si se les pregunta, ni Bush ni sus seguidores están dispuestos a negar la importancia de dar solución a temas como los expuestos en el párrafo anterior, ni tampoco a otra parte de la agenda demócrata que incluye el déficit fiscal, la relación con una Unión Soviética que está cambiando, la contaminación, la educación, la seguridad en las ciudades, etcétera. Lo que sucede es que muchos electores de las clases media y alta prefieren que las cosas continúen como están, pues consideran que en lo personal han salido beneficiados por la inequitativa distribución de las cargas sociales y no desean que se les confronte con los aspectos éticos e incluso prácticos de este hecho. Consciente o inconscientemente, ese tipo de elector satisfecho prefiere que la discusión en torno de los temas difíciles se posponga, con la esperanza quizá de que los problemas se

resuelvan por sí mismos con el transcurso del tiempo y mediante la acción del mercado, o al menos que se les pueda dar un rodeo en el camino a otros cuatro u ocho años más de prosperidad económica republicana. Y es con base en este deseo de huir de la parte desagradable de la realidad creada por la economía reaganiana —y que uno ve casi a cada paso en ciudades como Nueva York— que una parte de la opinión pública acepta e incluso apoya el esfuerzo del candidato republicano por llevar adelante una campaña política sin contenido, en donde lo más llamativo sean los spots de televisión que muestran a su candidato rodeado de banderas norteamericanas y de multitudes satisfechas.

Es muy probable que el debate televisado que hubo el domingo pasado en Winston-Salem entre los dos candidatos presidenciales, y pese a no haber sido hecho de tal manera que la espontaneidad de las respuestas fuera una de sus características, sea el principio de una nueva fase de la campaña electoral norteamericana, donde haya más nueces y menos ruido. A querer que no, las preguntas de los tres periodistas a los dos candidatos ante un auditorio calculado en cien millones de personas, forzarán a cambiar para bien la naturaleza de la actual campaña presidencial. Confío en que mi optimismo a este respecto no resulte excesivo.

En cualquier caso, tomemos nota para cuando en México nos topemos, finalmente, con el tan deseado futuro democrático: la institucionalización de las formas de la democracia no es, por sí misma, garantía de grandeza en la vida política. Así lo advirtió hace más de un siglo Tocqueville... y desgraciadamente resultó cierto. Lograr esa grandeza requiere de una lucha aparte, una en donde la responsabilidad y voluntad políticas corresponde tanto a los líderes como a los ciudadanos.